

Sant Cugat

Al recoger la correspondencia del buzón, que Gabriel abría una vez a la semana, solo halló una carta de "la Caixa". Lógicamente, la abrió con distante interés, casi extranjero. A estas alturas, a él le interesaba poco lo que pudiese comunicarle esta entidad o cualquier entidad. Su sorpresa fue mayúscula, sin embargo, cuando advirtió que se había producido un movimiento de diez mil pesetas a su favor, no por las diez mil pesetas en sí, sino porque el devengo se correspondía con un pago de Weidenfeld & Nicolson, la editorial inglesa para la que había traducido algunas novelas policíacas durante su breve estancia en Londres; y de eso habían transcurrido casi diez años. Eso era lo extraño. Diez años parecía mucho tiempo para pagar incluso con retraso. ¿Quién recuerda que le deben dinero pasada una década? En lo que a él concernía, ese dinero había sido dado por muerto. En realidad, no recordaba —hasta que abrió el buzón y luego la carta— que Weidenfeld & Nicolson le adeudase alguna traducción. Si se esforzaba en olvidar,

tampoco tenía nociones de que algún día hubiese sido traductor.

Aquellos días londinenses estaban lejísimos, aunque habían sido un campo de entrenamiento idóneo para perfeccionar sus vínculos con la novela negra. La iniciación se había producido cuando se cruzó en el camino de Dashiell Hammett. Entonces tradujo *El saqueo de Couffignal* para la colección «El Búho», de la editorial Planeta, y revisó una versión argentina de *El halcón maltés*. Sudor le había costado, pensó mientras salía a la calle, se abotonaba la gabardina y extraía de un bolsillo sus célebres gafas oscuras, cuya patilla izquierda estaba sujeta con cinta aislante, tan o más célebre que las gafas. En aquellos días lejanos, José Manuel Lara todavía pugnaba por abrirse camino en Barcelona y apenas pagaba ocho pesetas por página traducida. Para entonces, Gabriel había cumplido treinta y dos años. Dos antes, con su amigo poeta y pintor José María de Martín, habían infligido el peor ataque al género negro escribiendo a cuatro manos una novela policíaca: *Un cuerpo o dos*.

En 1952, la editorial Aymà había convocado el Premio Simenon, y su pasión por el género acabó por animarlos a presentarse. El sentido de la vida, aquellos días, era que podías hacer lo que te diese la gana. La historia de la novela arrancaba en un día de abril de 1950, cuando aparecen dos cadáve-

res sobre las líneas en desuso de la estación de ferrocarril de Gràcia-Sarrià. Los cuerpos no tienen nada en común, al menos en apariencia. Después de todo, la historia de la novela negra tiene una norma sagrada y que siempre produce réditos: *no es lo que parece*. Uno de los muertos era dueño de una brillante vida social y el otro era adicto al alcohol y la lectura. Junto a sus cadáveres hallan dos pistas: un sombrero de hombre y un ejemplar de *Partisan Review*. El caso es asignado al juez Luis Ferrán y al comisario Juan Tormo. También ellos eran distintos. El primero era intuitivo y especulativo; el segundo trabajaba según una regla bien establecida por la experiencia: la gente mata por dinero y por mujeres —da igual cuánto dinero o qué clase de mujeres— y todo lo demás llega por añadidura y por casualidad.

El Premio Simenon recayó en *El inocente*, de Mario Lacruz. Gabriel y Martín hicieron un papel más que digno alcanzando un puesto entre los finalistas. Estaban en la edad de fracasar sin paliativos, y lo habían hecho modestamente. Eso era un éxito. No fue un papel lo suficiente digno, en todo caso, como para captar la atención de alguna editorial. Gabriel recordaba siempre con simpático espíritu aquel ensayo novelístico. Lo intentaron todo. Reclamaron incluso la ayuda de Juan José Moreno Mira, toda una autoridad en el género, con quien coincidían a menudo en los salones

del Ateneo, y que ese mismo año se impondría en la primera convocatoria del Premio Planeta con la novela *En la noche no hay caminos*. Pero todos los intentos resultaron baldíos. Barcelona, según los editores, no funcionaba como espacio literario de una novela policíaca. Con el tiempo abandonaron el empeño de ver editada la obra.

Hacía frío. Gabriel guardó la carta y escondió las manos entre los amplios bolsillos de la gabardina. En los días pasados había nevado en plena Barcelona y hacía tiempo que su salud caminaba sobre la cuerda floja. Incluso cuando se encontraba bien. La salud solo es un breve paseo entre dos o más enfermedades.

Desde que se había instalado en Sant Cugat, después de casarse con Jill, el bar El Mesón se convirtió en su primera vivienda, y hacia allí se dirigió. Oscurecía a pasos lentos y, curiosamente, también rápidos. La tarde se le había pasado volando. Primero había estado charlando con Ana Segarra, una de sus alumnas, que pasó por su casa para recoger bibliografía sobre lingüística anglosajona. Cuando se fue, Gabriel dedicó media hora a repasar un informe de lectura para Seix Barral que le había encargado su hermano Joan, director literario desde hacía dos años. Gabriel lo había redactado hacía tres días, pero nunca consideraba definitivo un informe caliente. Creía que había que dejarlo enfriar, y como la metáfora se

prestaba al juego literal, cada vez que acababa de escribir uno lo introducía en la nevera, en el fondo. Ahí, bien fresquito, permanecía durante tres días. En ese tiempo, el crítico, profesor y poeta creía que quedaban definitivamente a la vista los defectos del texto. Solo restaba, entonces, volver sobre él y pasarle un cepillo.

Era la víspera del día de Montserrat y a primera hora de la tarde Marta lo dejó solo en casa. Su pareja en los últimos años quería celebrar el día siguiente con su madre, último miembro familiar de una larga saga de Montserrats. No convenció a Gabriel para que la acompañase, así que en cuanto se liberó de las tareas más urgentes, este aprovechó para escabullirse en dirección al bar de Carmen Rojo. Era sabido que Marta trataba —infructuosamente— que sus visitas al bar fuesen esporádicas, accidentes leves.

Camino de El Mesón se encontró con Sergio Beser. Ambos habían comenzado a impartir clases en la Autónoma casi al mismo tiempo. Las tertulias con Beser eran lecciones sobre Dickens, Balzac o Chéjov, pero, por encima de todo, Leopoldo Alas *Clarín*, al que había dedicado su tesis doctoral. «Ayer estuve en Barcelona, y me pareció distinguir a León Tolstói en el paseo de Gràcia.» Beser adoraba este tipo de bromas, que no servían ni para poner triste a una viejecita. «Podría ser él, en efecto», respondió Gabriel. «¿Llevaba un som-

brero de orejas flexibles, al estilo de los mongoles durante las primeras invasiones medievales? Porque en ese caso era Tolstói, sin género de dudas», añadió como el que está convencido de que dos más dos más dos sumarán seis o cerca de seis.

Cuando se despidieron, Gabriel lo hizo riéndose para sus sonoros adentros, desérticos y silenciosos, y deseoso de echar un trago. En ese momento feliz, recordó que hacía algunos años —en 1963—, durante los meses que el Instituto Francés lo becó en París, para recabar material y escribir una historia de la pintura, también él creyó haber visto de paseo a otra gloria de la literatura. La diferencia, en relación con el caso de Beser, es que él sí la había visto. Se trataba de Samuel Beckett, a quien distinguió sentado tristemente en un banco de los Jardines de Luxemburgo, solo, pasando un puñado de tierra de una mano a otra, como si estuviese dentro de una de sus obras. Faltaban todavía algunos años para que Gabriel tradujese *Murphy* por encargo de Lumen, pero en 1963 ya había leído profusamente su teatro. El catalán se acomodó en un banco próximo. Cada uno permanecía en su isla. Su admiración por aquel autor lo llevó a espiarlo. No se le pasó por la cabeza acercarse y hablarle, ya que Gabriel, en determinadas situaciones, era un hombre extremadamente tímido, y como poeta sabía cuánto valía el silencio en el que hurga un escritor.

Cuando Beckett dejó caer la tierra en silencio al suelo, y se levantó del banco en silencio, y abandonó en silencio el parque, bajo una mañana gris y silenciosa, Gabriel fue detrás de él, muy en silencio. Caminaron durante un buen rato, hasta llegar al Louvre. Beckett se dirigió a la sala donde se exhibía *El rapto de las Sabinas* y permaneció una hora ante la obra. La veló como si fuese el cadáver de un ser querido. El nerviosismo de Gabriel bullía al lado de su tranquilidad. No le vio tomar ninguna nota, ni cruzar una palabra con nadie. Transcurrida una hora, Samuel Beckett abandonó el museo, y aquel lo siguió ya solo con la mirada, hasta que se perdió en dirección a la Madeleine.

Nunca más lo vio, aunque volvió a pasar otras mañanas por los Jardines de Luxemburgo con el único propósito de encontrárselo. En todo caso, lo vio una vez y fue real, muy real. Tan real como las ganas de tomar una ginebra que le expresó a Carmen Rojo cuando llegó a El Mesón.

«Doble, por favor», especificó.